



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: España y Euroamérica

Autor: Cappelletti, Vincenzo

Forma sugerida de citar: Cappelletti, V. (1998). España y Euroamérica. *Cuadernos Americanos*, 1(67), 13-16.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 67, (enero-febrero de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ESPAÑA Y EUROAMÉRICA

Por Vincenzo CAPPELLETTI
PRESIDENTE, SOCIEDAD
EUROPEA DE CULTURA

REGRESAMOS A ESPAÑA después de treinta años. Es como si descubriéramos nuevamente un fragmento de espacio que nos pertenece. Y es como si los valores en los que afirmamos creer se completaran y autenticaran. Si bien hay que decir que nunca hemos sentido la ausencia de España, porque los miembros españoles de la Sociedad Europea de Cultura han representado siempre a su país en nuestros encuentros. Es un deber para mí recordar, aquí, al colega profesor Sánchez de la Torre y agradecerle cuanto ha hecho en el transcurso de estos largos años. El ingreso de España y Portugal en la Comunidad Europea, en 1986, con la contribución determinante de la diplomacia italiana, impidió una grotesca falsificación. Falsificación por la cual se habría llamado Europa a algo que no lo era.

Mi intervención parte justo de ahí, de una falsificación que se ha conseguido evitar, para acercarnos al tema de la cultura euroamericana, punto central de nuestro encuentro. A finales del siglo xv forman un imperio y una cultura en torno a los reyes Fernando e Isabel, quienes conciben el proyecto de dar a Europa una unidad espiritual y política. Pero las estrategias hereditarias dinásticas y las grandes batallas no serán suficientes para determinar el paso de una *alternativa* a una *unidad substancial* o, por lo menos, *estructural*. Desde los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, hasta Felipe IV, pasando por la dominante personalidad de Carlos V y de su epígono Felipe II, España intentó presentarse como una Europa hispano-germánica, a la que se tenía que considerar la Europa por antonomasia, la Europa por excelencia. En 1525, la victoria de Carlos V en la batalla de Pavía contra Francisco I hizo suponer que este último y victorioso enfrentamiento habría consentido que la Europa hispano-germánica prevaleciera sobre la franco-inglesa.

Sabemos que no fue así. La paz de Augsburgo ratificó el final de la unidad religiosa. Y el naufragio de la "Armada Invencible"

representó no sólo un episodio de historia militar sino el sello de la superior racionalidad que la historia impone, de tanto en tanto, a las acciones e intenciones humanas. Salvando la propia libertad de las pretensiones dinásticas de los Habsburgo, Holanda —patria o tierra de retiro de Descartes, Spinoza, Grocio y Huygens— se transformaba en el símbolo de una Europa sin tribunal de la Inquisición y rica en tolerancia intelectual, abierta al diálogo entre visiones opuestas del mundo. El *Tratado teológico-político*, de Spinoza, es el texto del que arrancarán las sucesivas revoluciones, “gloriosas” o sangrientas. Porque Spinoza había dejado claro que el pacto social no podría prever la renuncia a la libertad individual de juicio y de conciencia. La Europa franco-inglesa, lentamente, también aceptará el principio práctico de la tolerancia y el postulado trascendental de la libertad, primero de hecho y después por derecho. Mientras que en el modelo europeo de inspiración o matriz hispánica, la unidad ética e ideológica de la sociedad civil continuará siendo preferible y predominante hasta mediados de nuestro siglo. Si no *imperator intra ecclesiam* —fórmula aparecida en el siglo iv con la secesión intelectual de Juliano el Apóstata—, por lo menos *imperator prope ecclesiam*.

Pero, junto o dentro de la España que pensó, o quizá soñó la unidad político-espiritual de Europa, existió otra España diversa, de inmensa importancia, de significado absoluto. Fue la España que creó una antropología, que fue más allá del humanismo italiano, francés, germánico y británico. Fue un humanismo místico y literario, capaz de asomarse a las cosas que existen, sin destruirlas, sin volverlas vacías, reconociendo aquel valor trascendental que las impregna y las sostiene, aquella identidad que supera la diversidad y el devenir.

Se trató de un humanismo del sujeto humano, de una intuición del hombre con su misterioso origen, su abismal inferioridad, su destino en relación con la paradoja de la muerte. Dentro de nosotros hay un castillo, escribió Teresa de Ávila, recorriendo sus Moradas, llegamos al umbral de lo Absoluto. Y según Juan de la Cruz, estamos sumergidos en la noche, la “noche oscura del alma”: atravesándola todo se vuelve luminoso, gozoso, transparente. Pero a esto no se llega inmediatamente, y mientras esperamos ver y poseer la verdad, nos sumergimos en la ilusión de la vida, que parece lejana o, mejor dicho, opuesta al sueño, y lo hacemos en el marco del humanismo español, con los personajes de Cervantes y Calderón de la Barca.

El sueño: he aquí algo que no encontramos ni en Leonardo, ni en Galileo, ni en Newton, ni en Huygens. Pero que sí encontramos en Descartes, el famoso sueño de Ulm, en los inicios de su itinerario filosófico. Y lo encontramos, paradójicamente, también en los holandeses, porque las características “trascendentales” del espíritu vuelven siempre y a todas partes. En *La caída*, imaginando estar en el puerto de Amsterdam, Camus ha dedicado a Holanda una página extraordinariamente adecuada, definiéndola país del sueño: “La Hollande est un songe, monsieur, un songe d’or et de fumée, plus fumeux le jour, plus doré la nuit”.

Mientras las naves de Felipe II enviadas a sofocar la revuelta de los Países Bajos naufragaban, el humanismo español triunfaba, también, en el “carrefour hollandais”. Y en el “arca de todos los refugiados”, cual fueron los territorios de la Liga de Utrecht, un pensador con lejanos orígenes ibéricos, Spinoza, conducía la racionalidad moderna a su más alta expresión metafísica. La unidad política y religiosa de Europa era una utopía, pero, dialécticamente, la unidad espiritual existía, aunque pocos estuvieran dispuestos a reconocerlo fuera del círculo humanista.

Sin embargo, el tema de nuestro encuentro, la cultura euroamericana, nos sugiere otras consideraciones. España llegó más allá del Atlántico con Colón, pensando haber alcanzado las Indias occidentales, o sea, una lejana extremidad de Europa o, mejor dicho, de Eurasia. Fue sólo durante el tercer viaje, ante la desembocadura del Orinoco, cuando Colón presintió que se encontraba en un mundo diverso, “otro mundo”. Italiano de nacimiento, español y portugués por lengua y cultura, Colón descubrió en su propio nombre el secreto de su vida: Cristóforo, *Christum ferens*, el portador del cristianismo a una tierra que aún no lo conocía. Cedió Colón al triste, horrible comercio de esclavos. Y sucedieron las sangrientas empresas y exterminios de Cortés y Pizarro. Dos culturas complejas y estructuradas, la azteca y la inca, pasaron en pocos decenios de la vida histórica al interés arqueológico. Pero también otra España atravesó el Atlántico junto a los mercaderes de esclavos y a los “conquistadores”. Fue aquella España imbuída, seducida, movida por su vocación a la unidad. *Unum regnum, unus princeps, una religio*. Frustrado en Europa, el sueño unitario se replanteó en la relación entre la Europa hispánica o hispanizada y los territorios americanos. Las convicciones religiosas y el proceder civil andaron en dirección opuesta a la seguida por los soldados sanguinarios y por los mercaderes sin escrúpulos. Bartolomé de Las Casas reivindicó la dignidad paritaria de la persona humana en el Viejo y en el

Nuevo Mundo. Vencedores y vencidos se unieron en matrimonio. En la Plaza de las Tres Culturas, en la ciudad de México, una lápida recuerda “el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy”. Nació una Euroamérica unida, que en el norte apareció contrahecha.

Esto y muchas otras cosas es la España vista como “civilización de lo universal”, según la expresión incisiva y fecunda de Umberto Campagnolo. En estas jornadas sentiremos seguramente la impresión de redescubrir una parte de nosotros mismos. Pero el tema central será el paradigma hispánico de Euroamérica: la propuesta de concebir la relación entre las dos riberas del Atlántico y prosiguiendo hasta la costa americana del Pacífico, como una unidad substancial. Existen otras maneras de entender la relación entre Europa y América, permaneciendo siempre en los términos de la “universalidad” de Campagnolo. Se puede recurrir a la analogía matemática de la suma: no Euroamérica, sino Europa más América. Pasando del sur al norte del continente americano, esta formulación se tiene que cambiar por su recíproca: América más Europa. Encontramos también la tesis opuesta: Europa y América como entidades distintas, más aún, separadas; si bien la separación puede convertirse en alianza y convergencia. La elección no es fácil y el interés de las relaciones y de los debates será intenso.

El presidente de la Sociedad tiene el deber y la sentida alegría de recordar el alto reconocimiento conferido por el presidente de la República Italiana a nuestro secretario general: la Medalla de Oro al Mérito de la Cultura. Ha sido un momento luminoso de nuestra vida reciente. Hemos tenido graves dificultades con nuestra sede y nuestro balance. Algunos resultados han sido alcanzados, otros podrían requerir la movilización de los centros nacionales. En el espacio espiritual de nuestra Sociedad, ha nacido una obra insigne que pertenece a su autor pero que refleja los intereses de todos nosotros: la *Storia d'Europa*, de Giuseppe Galasso. Hemos discutido en nuestros encuentros temas fundamentales como “Un plan mondial pour l'emploi”, de Angelos Angelopoulos y “La globalisation de l'économie”, de Henri Bartoli. Lo mismo tendremos que hacer con la obra de Galasso a partir de esta ocasión que nos brinda la hospitalidad del Centro Español.

Estoy plenamente convencido de que nuestros debates pertenecen a la transición que estamos viviendo entre dos siglos, dos milenios y quizá dos edades de la historia.